



## HISTORIA DE ESTER Y VLADIMIR: SU VIDA ES UNA VIDA QUE NO SE OLVIDA

**M**i nombre es Esther Preciado López, soy integrante del grupo Las Rastreadoras de El Fuerte y busco al papá de mi hija, Vladimir Castro Flores, quien desapareció en Guamúchil, Sinaloa, el 13 de septiembre de 2013.

Nací en el ejido Lorenzo F. Robles, en el municipio de Sinaloa de Leyva, pero cuando tenía cinco años mis papás nos trajeron a vivir a San Blas. En mi niñez hubo muchos cambios, porque mi papá era carrocero y se movía a donde había trabajo, fue así que nos fuimos a vivir a Guadalajara cuando tenía 8 años, y nos regresamos a Sinaloa cuando cumplí los 12. Mi hermana mayor se enamoró y se quedó en Jalisco, y durante muchos años no supimos de ella.

Al igual que muchos hombres de la región, mi papá decidió probar suerte en los Estados Unidos, fue por eso que cuando yo tenía 12 años nos vinimos a vivir a San Blas, donde vivía toda su familia y teníamos esta casita. Para mí fueron muy difíciles los años en que mi papá se fue porque estaba muy apegada a él. Allá se puso a trabajar de carrocero y al principio sí nos mandaba dinero, pero un día se cortó toda la comunicación y no supimos más de él. Entonces no había teléfono en San Blas, y mi mamá no sabía escribir, así que la comunicación era muy difícil. Pensamos que había muerto, pues nos llegaban rumores a través de la gente que usaba el ferrocarril de que lo habían matado en Sonora.

Entonces la vida del pueblo giraba en torno a las llegadas y salidas del tren, los hombres iban a trabajar a Empalme y Nogales y llevaban y traían noticias. Por dos años tuvimos que arreglárnoslas solas, mi mamá lavando ropa ajena y yo trabajando en la tortillería. Yo ya estaba acostumbrada a trabajar, pues desde que tenía 10 años y vivíamos en Guada-

lajara trabajé haciendo pantalones de mezclilla en un taller, una pequeña maquila que contrataba niñas. Así que cuando faltó mi papá, me salí de estudiar y me puse a trabajar para ayudar a mi mamá.

A pesar de la ausencia de mi padre, tengo que reconocer que mis recuerdos de infancia en San Blas son alegres. En esa época no había agua en el pueblo, pero mi papá había logrado que nos conectáramos a la red de agua pública, porque estamos cerca de la carretera. Entonces sólo nosotros, y otra familia que está en una parte del pueblo al que se le conoce como Las Presitas, teníamos agua. Por esa razón mi casa fue siempre un punto de reunión de amigas y vecinas en el pueblo; venían a juntar agua y a lavar su ropa, así que era muy alegre porque siempre estábamos rodeadas de amigas que venían con sus niños y se ponían a jugar con nosotras.

En esa época también habíamos perdido comunicación con mi hermana mayor, ella se había quedado en Guadalajara y tenía dos hijos, pero se cambió de casa y nos empezaron a regresar las cartas que yo le escribía. Así que mi mamá se las tuvo que arreglar sola y yo me convertí en su mano derecha. Ella empezó a cocinar para los empleados del ferrocarril, les daba de comer y les lavaba la ropa. Hasta que un día mi papá nos dio la sorpresa y regresó. Nos contó que la migra había llegado al lugar donde trabajaba y lo habían llevado a un centro de detención de migrantes, donde pasó varios meses hasta que lo deportaron.

Yo era muy apegada a mi papá, éramos como amigos y podía hablar de todo con él, así que me pegó muy duro cuando se fue. A su regreso ya estaba casada, me casé a los 13 años, y él al principio se molestó, pero luego se le pasó y siguió igual de cariñoso conmigo y con mis hijos.

Conocí a Rosendo, el que fue mi primer marido, jugando en un terreno que estaba cerca del rastro donde él trabajaba. Yo era una plebe de 13 años y él un señor de 27, pero me empezó a buscar, me saludaba y se reía conmigo. Él había sufrido mucho porque tuvo un accidente automovilístico que le cambió la vida, sufría de muchos problemas de salud y había tenido como siete operaciones del estómago. Por lo mismo nunca se había casado y su familia me dijo que fui la primera novia que llevó a su casa.

Al principio a mí me parecía muy grande y no me gustaba, yo andaba todavía jugando con mis amiguitas. Pero poco a poco me fue enamorando y antes de cumplir los 14 años me huí con él. Rápido me embaracé y a los catorce años tuve a mi primera niña, Rosario Esther, en 1996; dos años más tarde llegó Rosendo Alberto, y en 2000 nació Roberto Jesús. Estuvimos juntos once años, pero fue difícil porque muchas veces se iba y me abandonaba por meses. La primera vez fue cuando acababa de tener a mi primera niña, Rosario; a los 20 días de nacida me dijo que se iba a Los Mochis a trabajar y no regresó por nueve meses. Al mes de que se fue me mandó una carta explicando que se había ido a Chihuahua a trabajar, y que regresaría pronto, pero no mandó dinero ni nada.

Desde que nos juntamos yo me había ido a vivir con su familia al Ejido Emiliano Zapata, ahí cada hermano tenía un solar, y me construyó una casita. Pero cuando me dejó sola no tenía ni para comer y su familia fue la que me propuso que me regresará con mis papás. Yo era una plebe tratando de aprender a ser mamá, y me sentía muy sola, así que me regresé a mi casa y mi papá fue quien se hizo cargo de los gastos de mi niña. Yo le ayudaba en el trabajo de la carrocería y él me compraba la leche, los pañales y todo lo que necesitaba. Todos mis amiguitos venían a la casa y la niña era como nuestra muñeca, la cambiábamos cinco o seis veces al día, y se peleaban por cargarla. Así pasaron siete meses, hasta que un día uno de sus hermanos se murió en un accidente y durante el novenario Rosendo regresó. Pero estaba muy cambiado, traía barba y el pelo muy largo, y como era de noche no lo reconocí y pensé que era un trampa<sup>22</sup> que se quería meter a la casa.

Cuando lo reconocimos me saludó como si nada, ni una disculpa o una explicación, sólo cargó a la niña y se puso a hacerle cariños. Después me contó que se había ido a los cultivos de marihuana a la sierra de Chihuahua. En esa época muchos de los hombres de la región se iban a trabajar a la pisca, nadie lo veía mal, era un trabajo de jornalero más. Se hacían cuadrillas de cuatro o cinco y se los llevaban a trabajar de octubre a enero, que era la temporada de cosecha. A las mujeres también

<sup>22</sup> Se refiere a un delincuente común, que se dedica sobre todo a delitos menores [N. de las E.].

las contrataban para cocinar, y se pagaba bien, diez mil o quince mil al mes. Pero eran otros tiempos, no había peligros en ese trabajo y todo el que se iba regresaba después de la cosecha, no había muertos ni desaparecidos.

Pero igual era mucha incertidumbre, porque se iba y me dejaba sin dinero, yo tenía que ver cómo sobrevivía. La segunda vez que se fue habló con una señora que tenía unos abarrotes, aquí cerca de la casa, y le dijo que me fiara lo que yo fuera necesitando y que a su regreso él le pagaría. Pero a veces, si se tardaba mucho y no pagábamos, me cerraban el crédito, y entonces mi papá era el que me sacaba de apuros. Así estuvimos el primer año, pero cuando mi niña cumplió un año decidí irme con él para la sierra. Nos fuimos para El Tablón, municipio de Morelos, en el estado de Chihuahua. Anduve por allá casi cinco meses y fue toda una aventura, pero sufrí mucho porque es una vida dura.

Primero llegamos al pueblo de El Tablón, y ahí estuvimos viviendo con los dueños de la siembra. Yo sufría porque no nos trataban bien, teníamos un cuartito que era como una alacena donde guardaban su comida, pero no podíamos tocar nada. A veces comían delante de nosotros, sin invitarnos. Luego nos tuvimos que ir hasta una zona alejada de la sierra, en donde están los cultivos, y tuve que caminar un montón con mi bebé en brazos. Era una plebe de 15 años y la caminata fue dura, llevábamos una mula cargada de alimentos, pañales, leche y otras cosas que necesitábamos para vivir, era un camino muy difícil, unas brechas que subían por la montaña y de los dos lados había voladeros. Era todo un día para llegar al campamento, pero cuando íbamos a medio camino tuvimos un accidente y se nos vino la silla de la mula con toda la carga encima y lastimó a mi niña. Debimos quedarnos una semana en el case-río más cercano en donde había una clínica.

Después bajamos al campamento y ahí me quedé por cinco meses. Tuve que aprender la vida de rancho, si querías algo lo tenías que hacer o sembrar: si quería queso tenía que ordeñar la vaca y aprender a hacer queso; si quería pan lo tenía que hornear; si quería dulce lo tenía que preparar. Así que aprendí a hacer muchas cosas y a sembrar nuestras propias verduras. Estábamos como medieros, lo que sembráramos

y las ganancias irían a medias con los dueños del terreno. A Rosendo le gustaba mucho esa vida de campo, pues no había gastos y a uno no se le antojaba nada porque no había nada qué comprar.

A mí no me compensaba el sacrificio que implicaba por lo poco que lográbamos ahorrar. Vivir en medio de la sierra con el ejército siempre acechando era vivir con miedo. Pero de las peores memorias que tengo de esa época fue una vez que tuvimos un susto muy feo, porque los hombres habían salido a hacer unos mandados y nos quedamos solas la esposa del muchacho con el que trabajaba Rosendo y yo, con los hijos de las dos. Ella tenía dos niños, uno como de dos años y una bebé de meses. El campamento estaba aislado y no había más gente cerca. Entonces, como a eso de las doce de la noche miramos que venía bajando una luz del cerro. Sabíamos bien que no eran ellos porque nos habían dicho que regresarían hasta el otro día. Se nos hacía muy raro que viniera esa luz porque poca gente bajaba hasta ese llano. Agarramos los rifles de caza y nos metimos las dos, con los niños, a un solo cuarto y nos quedamos esperando, en la oscuridad, temblando de miedo. Era un solo hombre, pero nosotras adentro, escondidas debajo de la cama, no lo sabíamos. Escuchamos disparos, porque el perro lo quiso atacar y él le soltó una ráfaga de balas. Después supimos que era un tipo loco al que le decían “El Mafias” y que había matado a su mujer y la había incinerado. El hombre vivía solo, aislado, en uno de los barrancos; la gente decía que estaba loco y también estaba armado. Cuando amaneció el loco ya se había ido y nosotras estábamos asustadas y desveladas. Ese día decidí que no me quedaría a vivir en la sierra.

Cuando regresó Rosendo le dije que quería volver a San Blas para que mi hijo naciera cerca de la familia y que cuando creciera pudiera ir a la escuela, pues en la sierra no había dónde estudiar. Así que me regresé a San Blas y aquí nació mi segundo hijo, Rosendo Alberto. Él siguió subiendo a la sierra a trabajar, pasando temporadas en Chihuahua y otras acá en Sinaloa. Con el tiempo decidió quedarse en San Blas y empezar a trabajar como albañil. Para mí nunca hubo gran diferencia entre lo que ganaba yéndose a la sierra y lo que ganaba en la construcción, ninguno de los dos trabajos dio nunca para comprarnos un carro, sólo nos per-

mitía comer y pagar los gastos del diario. En aquellos tiempos nadie se hacía rico sembrando marihuana, a menos que tuvieras mucha tierra y mucho dinero; era igual que sembrar tomates, te daba para salir adelante y no más.

Estuvimos tranquilos un tiempo, viviendo aquí en San Blas, pero luego Rosendo empezó a tomar mucho y a ponerse violento conmigo con cualquier pretexto. Una vez me atacó con un picahielos, aún tengo las cicatrices de ese ataque. Dos veces se puso así y le propuse entonces que cada uno tomara su camino, pero él no quiso y dejó de consumir un tiempo. Me convenció de nuevo de acompañarlo a las siembras y esta vez nos fuimos a la sierra de Durango, donde tenía unos familiares que cultivaban. Dejé a mis niños con mis papás y sólo me llevé al más pequeño, pero no aguanté más que dos meses y me regresé a San Blas, donde había dejado a mis hijos mayores.

Después él se fue a trabajar a los Estados Unidos y yo me quedé otra vez sola con mis niños. Esta vez me fui a trabajar a Los Mochis; estuve en una tortería, vendiendo tacos, trabajando en un lugar de cómputo, por todos lados me busqué la vida porque él no me mandaba para el gasto. En esa época tuve dos accidentes con los niños: el más pequeño se comió una esfera de Navidad y la niña se encajó una varilla en la boca; en los dos casos fuimos a dar al hospital. Estos sustos me hicieron decidirme a dejar a los niños con mis papás en San Blas y yo seguir trabajando en Los Mochis. Como siempre andaba corriendo de un trabajo a otro, no los atendía bien y por eso pasaban los accidentes, así que preferí tenerlos lejos y seguros, que a mi lado y en riesgo. Poco después regresó Rosendo de los Estados Unidos y me convenció de irme con él a Phoenix, así que dejamos a los niños con sus abuelos y nos fuimos los dos de mojados.

El viaje fue otra aventura. Él conocía bien el camino para cruzar por Nogales, así que no tuvimos que pagar ningún “coyote”; una amiga mía que trabajaba en la escuela de cómputo se fue con nosotros. Llevamos comida en lata, cuatro galones de agua, salchichas, tortillas de harina y pollo asado. Caminamos durante cinco días por el monte, él nos iba guiando. Era verano y hacía un calor terrible en el día y mucho

frío en la noche, pero aguantamos bien la caminata. Al llegar a Phoenix vivimos con una tía de él y nos trataron muy bien. Empecé a trabajar cuidando niños y haciendo tamales para los compañeros de trabajo de su prima, que también eran mexicanos. Él trabajaba en la construcción, pero no siempre había trabajo, así que ganaba poco y como seguía consumiendo se gastaba mucho en sus drogas. En cambio, todo lo que yo ganaba se lo mandaba a mis hijos. Desde la primera semana que trabajé empecé a mandar dinero. Esa primera vez estuve sólo seis meses porque no aguanté estar separada de mis niños, me sentía muy deprimida y decidí regresarme.

Estuve un mes con mis hijos y otra vez vino Rosendo por mí. Así que de nuevo hicimos la caminata para cruzar la frontera, pero esta vez fue más peligroso porque nos encontramos con unos “bajadores”, que son criminales que asaltan a los migrantes, los roban y muchas veces violan a las mujeres. Cuando los vimos a lo lejos, rápido mi marido me ayudó a cambiarme con una camisa floja y una cachucha que me cubriera el pelo para que pareciera chamaco. Logramos engañarlos y nos dejaron pasar, pero sí pasamos un gran susto. Le di gracias a Dios por su protección, porque por un momento pensamos que nos matarían.

Esa segunda vez sí me quedé más tiempo, porque ya no quería pasar por los mismos peligros y quería trabajar para mandar dinero a mis niños. Conseguí trabajo en un lavado de carros, fui aprendiendo un poco de inglés y ascendiendo. Me pusieron de cajera, luego aprendí a hacer inventarios y estaba de asistente del mánager. Pero los problemas con mi esposo seguían en casa; él continuó tomando mucho y otra vez se puso violento y me golpeó, así que tomé la decisión y lo dejé, esta vez sí de forma definitiva. Ya no era la misma niña que se había ido con él a la sierra, había madurado mucho y no estaba dispuesta a seguir aguantando más violencia, así que me decidí y renté con una amiga un departamento. Seguí trabajando y mandando dinero a mis hijos cada semana.

Fue al poco tiempo de haberme separado de Rosendo que conocí a Vladimir Castro Flores, que es mi pareja, a quien estoy buscando y por quien me integré a Las Rastreadoras. Él me llevaba varios años, yo estaba en mis treintas y él tenía más de cincuenta años. Al principio no



quería involucrarme en otra relación y él me parecía muy grande, pero me buscó mucho hasta que lo acepté. Lo conocí una vez que fui con una tía a un restaurante que se llama “Lindo Mazatlán”, era un lugar a donde habíamos ido varias veces y las meseras me contaron que él me había visto en otra ocasión y les había preguntado por mí. Vladimir también era sinaloense, de Guamúchil, pero había migrado muy chico a los Estados Unidos y se había quedado a vivir allá. Esa vez platicamos un poco y de ahí me empezó a buscar en mi trabajo y nos hicimos amigos; al poco tiempo me dijo frontalmente que quería que fuera su pareja, que yo le gustaba mucho y que iba en serio conmigo. Él trabajaba en un rancho ganadero y le iba muy bien, así que me ofreció que me saliera de trabajar y que él se encargaría de mis gastos. Le expliqué que nunca dejaría de trabajar porque mis hijos dependían de mí.

A mí me gustaba, pero era muy celoso y eso me daba miedo. Venía a mi trabajo y me vigilaba, luego me decía: “¿Por qué te le acercas mucho a los clientes?”, “¿por qué les sonríes?”. Yo le respondía: pues no puedo estar con una cara de amargada, porque es un trabajo donde llega mucha gente y es parte de la atención que les debes dar. Entonces me empezó a presionar: “Quiero que te vengas conmigo a vivir y quiero que hagamos algo bien”. Finalmente acepté, me rentó un departamento y nos fuimos a vivir juntos, pero había muchas tensiones porque quería que me saliera de trabajar.

Me regresé a los cuatro meses a ver a mis hijos de nuevo, pero él mando por mí y le pagó a un pollero para que me llevara de regreso. Esa fue una de las peores experiencias, porque tuve que brincar el muro fronterizo por Nogales y me agarró la migra. Estuve en un centro de detención, durmiendo al aire libre, pasando frío, con otro montón de mujeres y niños. Finalmente me deportaron. Yo ya me quería regresar a mi casa, pero él insistía y esta vez consiguió que pasara con los papeles de otra joven de Sonora que se parecía a mí. Logré cruzar y esta vez me quedé cuatro años sin regresar a San Blas.

Los dos estuvimos trabajando bien, yo mandaba dinero a mis niños, hasta que quedé embarazada de mi cuarta hija: Rosa Alexandra. Estar separada de mis hijos fue un gran sacrificio, pero me permitió apoyar

a mis papás para arreglar la casa; construí un cuarto y un baño, porque sólo teníamos letrinas. Las cosas iban bien hasta que la migra detuvo a Vladimir y lo acusó de tráfico de personas. Pero estas acusaciones eran falsas, si con trabajos pudo pasarme a mí... él no sabía hacer eso. Pero lo tuvieron detenido. A él si lo metieron a la cárcel y yo me atreví a irlo a visitar, aunque tampoco tenía papeles. La policía vino a la casa y se llevó una camioneta que teníamos, que estaba a nombre de su papá y que estábamos arreglando. Entonces ya había nacido nuestra niña más pequeña, ella sí es americana, y fue la única hija que tuve con él.

Aquí empecé otra lucha por sacarlo de la cárcel; contraté un abogado y él me dio un documento legal para que pudiera disponer de sus bienes. Empecé a vender las cosas para pagar al abogado; teníamos una “traila”<sup>23</sup> y también la vendí. Pero cuando pasaba el tiempo y no lográbamos sacarlo, decidimos que era mejor que me regresara a México con lo que aún teníamos de dinero. Así que regresé con una hija más a vivir con mis papás y empezar de nuevo. Primero vendí tortillas de harina y después me asocié con mi papá y me volví carrocera, había aprendido el oficio con él y tenía un poco de dinero para invertir. Empezamos a trabajar los dos para el Ayuntamiento y nos iba bien. Durante cuatro años mantuve el contacto con Vladimir, me hablaba varias veces a la semana y no perdíamos la esperanza de que saliera libre.

Tal vez de tanto rezar un día se me hizo el milagro y en 2009 me habló desde Nogales para decirme que lo habían deportado. Yo estaba feliz y no lo podía creer; él tampoco entendió que pasó, porque le habían dicho que lo reubicarían en una cárcel de Oregon y en lugar de eso lo mandaron deportado para México. Se vino de inmediato para Sinaloa y empezamos una nueva vida en familia, primero aquí en San Blas y luego en La Angostura, donde él había comprado un rancho. Hicimos un gran equipo, empezó a trabajar con nosotros en carrocería y luego logramos un contrato en Ahome para darle mantenimiento al Ayuntamiento. Hicimos una cuadrilla de puras mujeres para pintar el edificio.

Las cosas iban bien y Vladimir estaba empezando a adaptarse a México, porque era la primera vez que vivía acá en 40 años; era como

<sup>23</sup> Localismo empleado para referirse a las camionetas o camiones de carga [N. de las E.].

llegar a un país nuevo. Sin embargo hubo un accidente que cambió por completo la relación con mi familia. Un día Vladimir estaba manejando una camioneta, que estaba cargada porque íbamos a mover unos muebles, le dio de reversa y no vio que mi papá estaba atrás y lo atropelló. No fue nada grave, pero sí lo dejó sin caminar muchos meses y lo tuvimos que hospitalizar. En un principio me eché la culpa para evitar los problemas entre ellos, pero después Vladimir prefirió decir la verdad y esto causó mucho resentimiento con toda la familia. Hasta que un día mi hermana, enojada, nos corrió de la casa. Con el tiempo mi papá lo perdonó, y poco a poco retomamos las relaciones, pero ese resentimiento siempre estuvo ahí.

A partir de ese incidente decidimos irnos a vivir al rancho de La Angostura con Rosario, mi hija mayor, y Rosa Alexandra, la pequeña. Ahí sembramos ejotes y pepinos y tuvimos aves de corral; llegamos a tener más de cien guajolotes y otras tantas gallinas. Fue una época muy buena en nuestras vidas, porque él adoraba a su hija y se llevaba muy bien con los míos. Después de tanto tiempo de estar separados, estábamos felices de poder estar juntos finalmente. Los niños venían a pasar los fines de semana con nosotros y se ponían a vender ejotes en la carretera. Vladimir les daba una parte de la venta y ellos se ponían felices de poder ganar algo de dinero.

Yo empecé a hacer tamales y me iba a vender a los campos, y a veces mis hijos me ayudaban en la venta. Pero luego las cosas se pusieron mal en toda la zona, empezaron a darse los levantones y a aparecer muertos encobijados. Ya no era seguro andar vendiendo sola en los campos y el negocio empezó a ponerse difícil. Entonces decidimos dejar La Angostura y compramos un terrenito en Juan José Ríos, para estar más cerca de mis papás en San Blas. Compramos una casita que tenía un terreno para sembrar y seguimos trabajando en la venta de comida. Ahí sí me llevé a todos mis hijos, y entre todos preparábamos tamales, burritos, avena; desde las dos de la mañana yo empezaba a cocinar y a las 4:30 Vladimir salía en la moto a vender a los campos. Los jornaleros del sur eran nuestros principales clientes; tuvimos que empezar de cero, pero poco a poco nos fue yendo mejor. Era un gran contraste con la

vida que teníamos en Estados Unidos, pero estábamos juntos, la venta de comida daba para vivir y estaba cerca de mis hijos.

Así estaban las cosas cuando el 13 de septiembre de 2013 la vida nos cambió por completo con su desaparición. Ese día yo no estaba en Sinaloa, me había ido a Sonora a visitar a mi hermana que estaba enferma, y había dejado a Vladimir al frente del negocio. Teníamos a una señora que nos ayudaba a cocinar y había dejado tamales ya preparados, así que él podía hacerse cargo de la venta.

Esa mañana, como todos los días, me habló para ver cómo estábamos, estuvo muy cariñoso y me pidió hablar con la niña. Ellos dos eran inseparables; Vladimir había adaptado la moto para poder llevarse a la niña con él cuando vendía. Esa mañana hablaron un rato y me pidió que la cuidara mucho. Me dijo que estaba entrando a Elektra para pedir un crédito y que tenía que colgarme porque ya había llegado el gerente. Fue la última vez que escuchamos su voz.

Le estuve marcando todo el día y no me respondía el celular. Me empecé a preocupar porque acostumbrábamos a hablarnos casi cada hora, y era la primera vez que se desconectaba tanto tiempo. Entonces me regresé a Sinaloa y fui directo a Elektra en Guamúchil, que fue de donde me habló, pero ahí me confirmaron que después de hacer el trámite se había ido en su moto y había comentado que iría a ver a su mamá. La secretaria de Elektra nos conocía bien, y me dijo que se veía feliz, que seguía muy enamorado de mí.

Yo estaba angustiada y me comuniqué con su familia, pero a ellos lo único que les importaba era saber qué pasaría con la casa si él moría o ya no aparecía. Al día siguiente su mamá vino a la casa y sacó a mi hija Rosario, que estaba sola, y le puso un candado a la puerta. No podía creer que en medio de tanta preocupación y dolor, a la familia de Vladimir lo que le preocupara fueran sus bienes. Cuando me di cuenta de que no me apoyarían, me fui sola a poner la denuncia; el Ministerio Público me explicó que nadie me podía sacar de mi casa, que quitara el candado y me regresara a vivir ahí.

Fue así que empezó mi búsqueda, que aún no termina. Seguía las pistas que me daban; cada rumor que había sobre su posible destino

yo lo tomaba en serio. Me fui a Nogales, por si había decidido regresar a Estados Unidos; hice volantes con su fotografía y los distribuí por toda la frontera. El día que puse la denuncia me hablaron de Las Rastreadoras, que eran mujeres que, como yo, buscaban a sus hijos, hijas, esposos, padres. Un día decidí que no quería seguir buscándolo sola y me fui a Los Mochis, a la oficina de Las Rastreadoras; ahí me presenté con Mirna. Desde entonces he seguido buscando a Vladimir con ellas, acompañándolas a las búsquedas de sus hijos y aprendiendo en talleres, encuentros, capacitaciones.

Desde hace dos años que soy parte del grupo de Las Rastreadoras y son ahora mi nueva familia. Ellas me ayudaron a salir de la depresión, a levantarme de la cama, y ahora trato de estar en todas las búsquedas. Yo no pido justicia, lo único que quiero es encontrarlo o encontrar su cuerpo y saber dónde está enterrado; que mi hija pueda visitar la tumba de su padre. No me importa encontrar a los que se lo llevaron, porque cualquier cosa que les haga a ellos les dolerá a sus familias, somos las familias las que terminamos sufriendo. Sólo quiero encontrar al padre de mi hija, y lo buscaré hasta encontrarlo.

## ME DAS FUERZAS PARA NO RENDIRME

*Querida Esther,*

*¿Cómo estás? Es una pregunta incontestable, ya que la situación que estás viviendo es muy dolorosa para ti. ¿Sabes? Puedo expresarte que te entiendo y se me arruga el corazón porque al igual que tú soy madre y esposa de un gran ser humano como lo es Vladimir.*

*Llegué a la cárcel hace dos años, y durante todo este tiempo he vivido sin lo que más amo: mis hijos. Al igual que tú, vivo sufriendo por la ausencia de un ser querido. Hoy duermo en una cama de concreto, entre cuatro paredes, con la incertidumbre de no saber cómo están mis hijos. ¿Sabes?, somos dos guerreras que están luchando por lo que amamos y yo sé que lo vamos a lograr, agarradas de la mano de Dios, porque él nos ha hecho fuertes y como hermanas del mismo dolor te dedico estas líneas como una forma de agradecerte lo que me compartes en tu historia. A través de tus luchas y de tu voluntad para no rendirte, me transmites el mismo valor y confianza, me das fuerzas para no rendirme yo tampoco.*

*A ti, admirable mujer, gracias porque en este transitar de tu vida, leo tu historia y aprendo del sendero que has recorrido, en el que has experimentado una y mil formas de luchar, tu historia de resistencia es para mí un llamado a no darme por vencida. Has escrito en mi vida, hoy, tú Esther, un capítulo inolvidable, el cual está lleno de fe, fortaleza, fuerza y mucho amor, y eso dice mucho de ti, que eres un gran ser humano muy especial. Tu historia llegó a mis manos por algo, eres un ángel en mi camino y me has enseñado que yo también poseo esas bendiciones. Gracias Esther por compartir tú búsqueda.*

*Desde Atlacholoaya, Morelos,*

ESPERANZA ELIGIO PICHARDO

*Posdata. Ten presente en todo momento que nuestro mayor sufrimiento es el que más nos hace crecer, al pasar por él hace daño, pero también cura. Cuando una jarra de agua cae al suelo y se agrieta, lo que estaba dentro de ella comienza a salir; cuando la vida te envíe una de sus curvas, recuerda que ha venido a ayudarte y abrirte para que todo el amor, poder y potencial que dormían dentro de ti puedan salir, y al igual que un hueso fracturado nos volvemos más fuertes en los lugares rotos. Recuerda que por difíciles que se pongan las cosas nunca estás sola, Dios te acompaña siempre y yo oraré a la distancia por ti, estamos hermanadas por este intercambio.*